



1555

¡ A ROMPER LA AMBIGUEDAD  
PARA UNIR AL PUEBLO !

www.archivopatricioaylwin.cl

Siempre las Juntas Nacionales son instancias productoras de definiciones y por tanto, momentos en que la militancia de la JDC., se detiene a diagnosticar el estado de desenvolvimiento del proceso social y político del país, y sus consecuencias en la acción y vida del Partido, logrando de este análisis el deliniamiento del contenido que adquirirán las próximas luchas de la JDC.

Los días en que la actual Junta se desarrolla están en medio de un tiempo político que exige agudizar y ampliar el análisis. Porque todo lo que la experiencia gobernante DC., tal como se concibió el 64, incubaba originalmente se ha desarrollado hasta el punto de configurarse hoy día como una experiencia ya sellada con su capacidad generadora de nuevos hechos políticos agotada, sin tener el gobierno la posibilidad de timonear de nuevo el proceso.

Por su parte, en el PDC se ha desarrollado hasta adquirir formas nítidas un conflictivo proceso de crecimiento político que parece ya empezar a encontrar sus alternativas de continuación y resolución. Este proceso lo ha hecho caminar desde las zonas doctrinaristas, que lo definían éticamente pero que no lo capacitaban para interpretar la realidad y encabezar su transformación, hasta las zonas en las que adquiere un instrumental que le permite orientarse en la naturaleza real del conflicto de la sociedad chilena; en la existencia y la exacta importancia que en ella cumplen las clases en pugna; en la descripción de su carácter; de las áreas en que ellas operan y en las que establecen su lucha; en el contenido concreto que asume la estrategia en que se inserta; en la contradicción objetiva que entre ella se da y en consecuencia en los caminos de resolución que el conflicto toma o debe tomar. Este instrumental analítico ha permitido en estos años al PDC generar una estrategia que le permita enfrentar de un modo revolucionario la tarea del desarrollo. Este crecimiento ha encontrado el compromiso de muchos y el rechazo de otros; entre ellos está establecido un conflicto que refleja con cierta claridad el desarrollo de las luchas, los avances y los retrocesos del proceso chileno.

Fuera del Partido, el avance de la lucha popular ha madurado hasta llegar a exigir para su desarrollo pleno nuevas vanguardias y nuevas formas unitarias que asumiendo el valor que las actuales contienen dejen atrás sus vicios y signifiquen un saldo histórico respecto de ellas.

La derecha ha ganado poder y ha demostrado que la ambigüedad es incapaz de dictarle las reglas del juego y que por el contrario ella sigue siendo la que domina y dirige al país, mientras el liderazgo político de los reformistas se desgasta, se diluye y se pierde.

¿Cómo hemos llegado a este punto? ¿Cuáles son los próximos pasos? ¿Qué nuevas realidades contendrán y encontrarán? ¿Qué dinamismo nos permitirá o nos impedirá darlos?

Analicemos los hechos y veamos sus lecciones.

## LA AMBIGÜEDAD DEL 64:

El 64 el conflicto de clases no tiene todavía la madurez suficiente como para que se expresase nítidamente en el esquema electoral.

Es así cómo en los sectores populares el FRAP, que había cumplido hasta el momento un importante papel al dar expresión política a los grupos más conscientes y con más experiencia de lucha de la clase trabajadora, aparece como una fórmula gastada e incapaz, política y orgánicamente de aglutinar en torno al proletariado industrial a los sectores no proletarizados del pueblo, en un frente de liberación que unificara a todos los explotados y los pusiera en el camino de la revolución y del socialismo.

No hay, por otra parte, en el campesinado, en el subproletariado urbano ni en la clase media condiciones de conciencia suficientes como para identificar en la lucha la verdadera naturaleza del conflicto social. Existían todavía muchas barreras, míticas (anticomunismo, defensa de la democracia, etc.), que hábilmente explotadas por el imperialismo y sus aliados nacionales, impiden de hecho la unidad del pueblo.

En el terreno de la clase dominante, nos encontramos en la oligarquía gastada como fuerza política en la experiencia Alessandri y sin capacidad de generar nuevas fórmulas que consoliden una alianza entre ella y otros sectores nacionales. Ni siquiera con la formación de un frente anticomunista, cuyo contenido reaccionario era demasiado evidente, logró la derecha oligárquica configurar una alternativa propia de Gobierno en Chile.

Surge además, distinguiéndose de la oligarquía tradicional un grupo que aparentemente tiene objetivos distintos a ella, que ecetra su poder en el desarrollo industrial del país y que considera un obstáculo para su expansión la caduca estructura que la oligarquía defiende, siendo, por lo tanto, un grupo capaz de apostar a la transformación de dicha estructura, con mirar a modernizarla y aumentar su eficacia, sin alterar radicalmente las relaciones de poder existentes.

La oligarquía, desangrada por dentro y rechazada por la clase media, prefiere esconder su mano y jugar a detener "el peligro comunista", pagando el precio político que sea necesario para esta operación, aun la disolución de sus partidos tradicionales.

El imperialismo norteamericano necesita, por su parte, crear rápidamente algún "milagro latinoamericano" que sirviera de alternativa a la Revolución Cubana y que permitiera a la ideología del capitalismo entrar a competir en el campo popular con la ideología socialista. En el desarrollo "sin apellidos" que busca la nueva burguesía, es donde el imperialismo encuentra la llave para "el milagro chileno".

Esta estrategia responde básicamente a los intereses de nuevos grupos dominantes en la estructura, que actúan en la perspectiva de insertarse en las estructuras industriales de los países dominados, dinamizando, creándoles cuando sea necesario, pero en todo caso dominándolas desde su interior.

Este grupo, expresado políticamente por el clan Kennedy, apoya e impulsa la modernización de las estructuras latinoamericanas, pretendiendo una experiencia de desarrollo que aleje la sombra de Sierra Maestra de nuestros pueblos. En lo concreto, esta fórmula de desarrollo se expresa en la llamada "Alianza para el Progreso", que no excluye la perspectiva militarista o abiertamente intervencionista de los EE.UU., sino que por el contrario, muchas veces la supone como garantía política de dicho desarrollo.

En estas condiciones, y evaluada por su condición de fuerza nueva que surge criticando el esquema político tradicional (crítica a los pactos, a los gobiernos de contubernio, etc.), la DC llega al poder porque es capaz políticamente, por su ambigüedad ideológica y su composición pluriclasista, de ofrecer desarrollo sin revolución al imperialismo y sus aliados nacionales, integración social al subproletariado marginado y Reforma Agraria a unos y a otros.

www.archivopatriaylibertad.com

EL FRACASO DE LA AMBIGÜEDAD  
Y LA MADURACION DEL PUEBLO:

Sin la presencia abierta de la oligarquía y sin la unidad de los sectores populares, el esquema político de 1964 es suficientemente claro como para expresar una aspiración de cambios, pero lo suficientemente ambiguo como para no tener claridad, acerca de la naturaleza de estos cambios y del origen de las fuerzas sociales que lo sustentarán y dinamizarán.

Hay, pues, en el comienzo de la experiencia gobernante DC una doble ambigüedad: por una parte, ambigüedad respecto al camino a seguir en la construcción de la nueva sociedad y, por otra parte, ambigüedad en torno al carácter de las fuerzas sociales que dirigirán dicha construcción.

El resultado de esta doble ambigüedad es que, llegados al poder aquellos a quienes les corresponde dirigir la gestión de gobierno, llenan el vacío entre las ideas y la práctica, adoptando como instrumentos ideológicos en lo social, la ideología de la marginalidad y la integración nacional que pretende ocultar la verdadera raíz del conflicto de clases y que es capaz, mediante un plan promocional, de concitar el apoyo del subproletariado, despertando el interés político y financiero del imperialismo, que ve allí la coyuntura para conferir rostro popular a la experiencia; en lo económico, el desarrollismo cepaliano, de contenido antioligárquico, en la medida en que la oligarquía se convierte en obstáculo para el desarrollo del capitalismo en América latina y que en nombre de la eficacia dice poner entre paréntesis lo ideológico.

La DC. se convierte, de este modo, en el instrumento de realización política de esta nueva estrategia, en la que los sectores más dinámicos de la clase dominante se comprometen. Se trata de impulsar el desarrollo económico, utilizando como motor al imperialismo y la burguesía; como viga maestra de la experiencia a su mayor capacidad de inversión; como base de sustentación social a los sectores del pueblo y como instrumento político al ambiguo partido de Gobierno.

El éxito de esta operación descansa sobre dos supuestos:

- a) Que el PDC. permanezca en su vaguedad doctrinarista, sin capacidad crítica real respecto al desarrollo del experimento, o bien que éste adopte como propio el lenguaje y el método tecnocrático del desarrollismo;
- b) Que la clase obrera organizada, enemiga objetiva del capitalismo, sea neutralizada, dividida y menguada en gravitación.

El primer supuesto, la neutralización del partido, se traduce en su aislamiento respecto al resto de las fuerzas populares; en su fidelidad mítica a un progra-

ma que nadie define en concreto, por lo que se convierte en el "gran secreto" de los técnicos del régimen y en un culto desmedido a la persona del Presidente.

Es ésta, en el comienzo, tarea fácil, porque ella es emprendida con un partido inmaduro, apto para ganar elecciones, pero no para traducir sus resultados en hechos revolucionarios. Sólo algunos alzan la voz, pero con un tipo de crítica que no puede liberarse del vicio abstracto y principista del Partido, o que bien no logra trascender el detalle de la gestión gubernativa.

Por otra parte, la neutralización de la clase obrera se traduce en la política laboral del Gobierno que pretende quebrar la resistencia y la capacidad de lucha de los trabajadores y en el desarrollo de una ideología y práctica paralelista que, contando con el apoyo y el financiamiento de los centros imperialistas, pretende aún hoy día quebrar la unidad del proletariado para sacar así del camino al principal obstáculo social que encuentra la burguesía en su expansión.

El Balance de esta política nos permite extraer conclusiones con las que es in dispensable contar para los próximos pasos del proceso. Todos los supuestos de la estrategia gubernamental han caído víctimas de los hechos que esta misma estrategia ha generado.

Si bien las expectativas de reforma agraria y la sindicalización campesina tienen efectos positivos para el proceso revolucionario, ya que han liberado energía campesina, han profundizado su conciencia de lucha y han elevado su nivel de organización, el hecho de que estas medidas no estén ubicadas en un contexto político y estratégico de ruptura con el sistema capitalista, ha terminado llevando al Gobierno a un aislamiento respecto de la Derecha, por el carácter antioligárquico que ellas tienen y por el peligro social que comienzan a incubar, pero no le ha permitido tener el apoyo del pueblo organizado, precisamente por la carencia de contenido anticapitalista del proceso. Los sectores con los que se contaba, precisamente por su carácter marginal, han demostrado no ser sustentación suficiente como para apoyar y sacar adelante un proceso de esta envergadura.

Como consecuencia de su acción, el Gobierno ha sido llevado a una situación aislacionista que se expresa, en lo político, en un embotellamiento de la acción gubernamental (hoy sólo queda administrar y estabilizar el país), y en lo social, en el establecimiento de un abismo ya insalvable entre el Gobierno y los sectores más conscientes del pueblo, como consecuencia de la acelerada derechización, con visos autoritarios y represivos, a que se ve obligado hoy día en América latina cualquier Gobierno que no realice junto con el pueblo la urgente tarea de su liberación.

Ni siquiera la neutralización del Partido, supuesto fundamental de la estrategia de Gobierno, da plenos resultados. Por el contrario, el PDC., porque esté más

sumergido en el acontecer social y tiene, por lo tanto, antenas más sensibles a sus impactos, percibe con mayor nitidez que el Gobierno los resultados que la acción de éste tiene en el desarrollo social del país. Es así como, en su interior, el Partido se descubre un rostro cada vez más alejado del pueblo, sus luchas y sus aspiraciones. Primero de un modo abstracto, y después cada día en forma más concreto, el Partido percibe que este camino no es su camino y que esta estrategia lleva a cualquier parte menos al socialismo, al que aspira cada vez de modo más claro y explícito.

De la constatación, primero en algunos sectores y luego en la gran mayoría partidaria, de estar siendo utilizado el Partido como instrumento de una estrategia neocapitalista que nunca habían aceptado explícitamente y en la que el PDC. cumple el papel de sustento inconsciente, surge un profundo proceso de rectificación que encuentra sus puntos culminantes en el II Congreso, que aprueba la vía no capitalista como la estrategia para desarrollar revolucionariamente al país; en el Consejo de Las Vertientes, que aprueba la readecuación del programa y la búsqueda de la convergencia con los partidos populares y, por último, en la Junta Nacional que aprueba el Informe de la Comisión Político Técnica y elige a Gumucio, que significa en lo fundamental el deseo del Partido de que la política de gobierno sea rectificada en términos que permitan un desarrollo no capitalista.

Esta rectificación exigía al Gobierno una serie de medidas mínimas que sin ser la vía no capitalista, constituirían una buena base para iniciar su realización, teniendo en cuenta las limitaciones ya conocidas del Gobierno.

Dicho programa de rectificación exigía como premisas básicas:

- a) La acción concertada entre Partido y Gobierno;
- b) Un cambio profundo en la política laboral que lo confiriera apoyo popular para la realización del programa, y
- c) Una apertura hacia los partidos populares que garantizara el sustento político necesario.

Se trata, en resumen, de un partido que demuestra que tres años en el poder no han pasado en vano y que tiene suficiente madurez como para plantear en programa que permita al gobierno salir del embotellamiento al que lo ha llevado su errada estrategia, iniciando las tareas más urgentes y más factibles para poner en marcha este proceso.

Sin embargo, el gobierno no percibe de este modo las cosas; su opción por el capitalismo lo ata a la voluntad de los grupos dominantes, que ven en esta maduración del Partido, un grave peligro para el desarrollo de su estrategia.

Además, lo sucedido en estos años ha fortalecido de tal modo a la burguesía

que la ha hecho capaz de adquirir independencia respecto del Gobierno y de comenzar una operación de reencuentro con la oligarquía, en torno a los planteamientos del desarrollismo capitalista.

El imperialismo varía su estrategia apoyando sin reservas a este nuevo complejo social, que le permite no depender ya, en lo político exclusivamente del Gobierno DC., sino que por el contrario, demostrar a éste que es un instrumento que puede según siendo útil a la expansión de su poder en la medida en que éste liquide su ambigüedad populista, ya que en caso contrario queda abierta la alternativa claramente autoritaria y gorilizada.

Peñaflor demuestra que el Gobierno opta definitivamente por el camino que le ofrece la Derecha y pretende "prohibir por decreto" al PDC. seguir madurando, exigiéndole a éste que se autoneutralice y vuelva a ser el tranquilo sustento electoral de la operación neo-capitalista.

Terminando el acto de Peñaflor, la Derecha consolida su reagrupación en torno a su nuevo centro social, la cual se traduce en la Convención Nacional de la Producción y del Comercio, que en lo político, exige del Gobierno el entierro definitivo de sus realizaciones populistas o progresistas, y que en lo social pretende unificar a sectores de la clase media industrial y comerciante, en torno a un programa de "estabilidad nacional" para el desarrollo.

Así las cosas, con el PDC. neutralizado, la Derecha económica reunificada por su nuevo grupo líder, y el imperialismo apostando al naciente complejo social, el Gobierno vuelve a ceder y busca ya sin ambigüedades dar confianza al complejo dominante, pretendiendo mediante la "congelación" del proceso social, consolidar con aquél una alianza que, sin el tinte nacional y popular, da como efecto la derechización abierta del Gobierno y el peligro evidente de la desnaturalización definitiva del Partido.

Esta derechización del Gobierno agudiza la lucha de masas, las clases asalariadas tienden a unirse y a encontrar en esa unidad su poder. La clase obrera ve aumentada su gravitación y, pese a las deficiencias orgánicas y políticas de sus organismos, se convierte en centro aglutinante aún de los sectores asalariados medios.

Los campesinos, principalmente en sus sectores asalariados, han profundizado su conciencia de clase y han iniciado definitivamente su proceso de organización, ganándose un puesto fundamental en las futuras luchas del pueblo, en la medida en que surjan vanguardias audaces y con capacidad de dirigir políticamente su práctica revolucionaria.

Por su parte, la lucha que los estudiantes han librado por la Reforma Universitaria y la contradicción inevitable que se ha manifestado entre el movimiento es



tudiantil y los detentadores del poder Universitario, identificados de uno u otro modo con los grupos dominantes en la vida nacional, ha hecho madurar al estudiantado hasta convertirlo en un enemigo objetivo del sistema y en aliado por tanto, de las fuerzas que luchan por su destrucción.

El pueblo ha madurado en la experiencia reformista, con su lucha ha desenmascarado a sus falsos amigos, ha identificado a sus adversarios y ha reconocido en su combate cuáles son sus verdaderos compañeros de lucha.

La tarea más próxima del pueblo es destruir con su fuerza creciente cualquier alternativa ambigua que pretenda ocultar la verdadera naturaleza de la lucha de hoy postergando el desencadenamiento de la revolución chilena, que desplace sin dilaciones a los grupos dominantes e instaure en Chile un poder popular capaz de construir el socialismo.

El PDC. no es ajeno a este proceso. No hay ambigüedad, por "revolucionaria" que ésta pretenda de nuevo aparecer, que pueda ocultar su dilema de fondo: o comprometerse en la aventura derechista del Gobierno, desnaturalizándose y perdiendo toda la militancia revolucionaria que su rico proceso ha generado; o definirse, utilizando lo que su maduración ha producido como método y estrategia, poniéndolo al servicio de las nuevas formas de unidad que la lucha del pueblo es capaz de crear.

La maduración del PDC. no permite a la militancia, que ha sabido avanzar con él, dejar atrás lo ganado. Es ésta una historia que no puede ser puesta entre paréntesis; éste es un proceso que las fuerzas revolucionarias, anidadas en el PDC., tienen que acelerar a fondo, pagando por ello el precio de perder para el partido a los que no han sido capaces de seguir su ritmo.

Esta liquidación de la ambigüedad en los planteamientos y en la composición del PDC. no son sólo conclusiones de las necesidades internas del crecimiento revolucionario del Partido. La revolución popular en Chile necesita que se haga claridad en las zonas indefinidas y que ellas no sigan siendo biombos que ocultan a los enemigos del pueblo. El desarrollo del conflicto social chileno exige, para su continuación y su resolución revolucionarios, que no existan, para la Derecha y el Imperialismo, nuevos escondites progresistas.

SOLO LA UNIDAD DEL PUEBLO  
CONSTRUIRA EL ESTADO POPULAR:

¿Cómo continuar hoy día el proceso?

No hay otro modo de continuarlo sino extrayendo las lecciones que la experiencia de estos años nos deja. Ella nos ha entregado un método y una estrategia, en virtud de los cuales hemos descubierto que no habrá revolución en Chile si no se la inserta en la lucha que toda América latina y los pueblos del mundo subdesarrollado libran contra el enemigo y culpable de su miseria: el Imperialismo Norteamericano. No hay desarrollo nacional, sin arrebatar al imperialismo sus centros de poder. No hay revolución hoy día que pueda postergar el enfrentamiento en todas sus formas con éste. El despertar antiimperialista de los pueblos ha agudizado la capacidad represiva de él, pero ha demostrado, como en Vietnam, que no es invencible y que la fuerza de los pueblos puede mucho más que su poder mercenario.

Toda revolución que busque el beneplácito Norteamericano, no hace otra cosa si no limitar sus posibilidades de avance hasta donde sean tocado los intereses imperialistas, que son precisamente las llaves de la liberación Nacional.

La tarea de la revolución exige que el imperialismo y sus colonizados nacionales sean desalojados de las áreas estratégicas de la economía chilena y que éstas entren a ser manejadas por el Estado, que adquirirá de este modo suficiente poder para planificar el desarrollo del país por un camino no capitalista, que establezca las bases del socialismo.

Pero la tarea de desarrollar al país por una vía no capitalista requiere definir previamente los instrumentos políticos necesarios para ello.

No hay vía no capitalista si no se altera el contenido social del Estado; éste debe ser transformado en un instrumento desde el cual sean desplazadas las clases dominantes y en donde, por fin, se alojen las clases populares.

Esta es, pues, la tarea de hoy.

La construcción de un Estado popular que sea capaz de destruir el poder de la oligarquía, de liberar al país del yugo imperialista y de desarrollarlo por un camino no capitalista.

Esto sólo será posible si el Estado cuenta como base de apoyo con la única clase capaz de sustentarlo: el proletariado del campo y la ciudad. Esta clase tiene que ser capaz de aglutinar en torno a su lucha y sus intereses a todos los sectores no capitalistas del país.

Está en la orden del día, en lo político y en lo social, ir a la construcción de un frente antiimperialista, antioligárquico y antimonopólico, que conquiste el

Estado y lo transforme en el instrumento de la revolución chilena.

Este frente será eficaz en la medida en que reduzca sus ambigüedades y en que exprese de un modo real el estado de desarrollo de las fuerzas populares chilenas, suficientemente maduras como para distinguir, por su amarga experiencia lo revolucionario de lo populista.

El 70 es una coyuntura para esta conquista que no puede ser desaprovechada por el pueblo y sus vanguardias. La elección presidencial es una oportunidad para conferir al proceso electoral un claro contenido de clase.

Es la exigencia de hoy luchar para que el pueblo llegue unido a este enfrentamiento que arrebatte el poder estatal a la Derecha: Hay que ser capaces de superar sectarismos, romper mitos, decantar fuerzas, crear instancias de elaboración programática, sembrar en el pueblo la consigna unitaria.

Esta coyuntura será aprovechable sólo si las fuerzas populares logran percibir e interpretar acertadamente el desarrollo de la lucha de masas chilena sin pretender encuadrarla en estrechos marcos burocráticos y parlamentaristas, y si somos capaces, los que queremos la revolución, de convertir el problema del candidato en el último problema a tratar, después de haber definido las características del programa no capitalista, del nuevo Estado que construiremos y de las fuerzas que lucharán por imponerlo y defenderlo, usando para ello las vías y estrategias que la práctica exige.

No hay frente revolucionariamente eficaz si los partidos populares no se decantan y crean nuevas formas de unidad que superen las actuales, que las masas ya han dejado atrás, porque la división, el dogmatismo, el reformismo, el burocratismo y el intelectualismo despegado del pueblo ha impedido, hasta hoy, expresar en lo político el desarrollo pleno de la unidad popular.

Pero el 70 no agota el proceso. Con el Estado en la mano, el frente revolucionario tendrá todavía mucho por hacer. La revolución chilena habrá entrado en su fase decisiva de enfrentamiento con el imperialismo y sus aliados nacionales. La tarea que el Estado popular deberá realizar, expresa el punto culminante del conflicto de clases. Las tareas más urgentes serán:

- a) Controlar, mediante su nacionalización, las áreas estratégicas de la economía y los mecanismos financieros;
- b) Liquidar, mediante la extirpación total del latifundio, a la oligarquía, liberando energía campesina que empuje el proceso y restando un posible aliado regresivo a la burguesía;
- c) Iniciar la tarea del desarrollo no capitalista con el pueblo sustentándola y dirigiéndola.

La agudización máxima que el conflicto alcanzará, al ser el estado dirigido por las fuerzas populares, planteará a éstas nuevos desafíos y desatará un dinamismo hoy difícil de imaginar en que sólo subsistirán aquéllas vanguardias capaces de encabezar creadoramente los hechos que el proceso, llevado a otro plano, genere.

No es el 70 nuestra meta final, él es un hito importante, porque puede ser, en la medida en que seamos capaces de ello, el momento de encuentro de las fuerzas que luchan por el cambio revolucionario, pero de allí en adelante se abre el abanico de posibilidades que serán realidad en la medida en que hayan vanguardias eficaces y consecuentes. Por eso, es urgente comenzar, en el seno de las fuerzas populares, a apurar el proceso de creación y decantación de aquellas vanguardias, hoy día germinalmente en confluencia.

La JDC. debe trabajar en el seno del Partido por la creación de la vanguardia que el proceso de éste está generando.

- La primera tarea en este sentido, debe ser desplazar el debate del Partido respecto del gobierno, que ya ha sellado su camino, hacia las cuestiones fundamentales de la revolución chilena, convirtiendo a éstas en el punto de definición de su militancia, este debate debe tener como consecuente culminación la ruptura de la ambigüedad que aqueja al PDC. La juventud debe tener en claro en este debate que no se encuentra ante una lucha generacional, sino que el conflicto se ha establecido entre los que son capaces de interpretar adecuadamente lo que sucede en nuestros días en la lucha del pueblo y los que ya están definitivamente incapacitados de actuar avanzando con él y toman en consecuencia, cada día más, el camino de la derecha y de la alianza con los sectores dominantes.
- Importante en el desarrollo del conflicto social es el proceso electoral de marzo; en él puede perderse todo lo madurado hasta ahora por la enajenación que estos procesos provocan. Creemos, sin embargo, que con una orientación revolucionaria este proceso debe expresar una elevada forma de pedagogía y lucha popular. Nuestra tarea en este terreno es convertir las candidaturas de la Juventud en nuevas instancias de definición y polarización del Partido y en eficaces instrumentos que muestren la necesidad ineludible de la unidad del pueblo.
- Pero las tareas de la Juventud no se agotan en el Partido. Su maduración debe ser capaz de catalizar grandes masas sociales que se radicalizan y buscan canales de expresión política. En la Juventud trabajadora, en el campesinado y en las luchas estudiantiles se está gene

rando una fuerza social que debe ser convertida en eficaz aporte a la revolución chilena. Hay que avanzar, ya ahora, en la formación de un amplio movimiento que confiera expresión y dirección política a estos grupos y que abra un cauce para su integración en la unidad del pueblo que hoy se gesta y se anuncia.

Todas estas tareas son realizables si la JDC continúa en su camino de transformarse en una vanguardia de cuadros revolucionarios.

Sólo asegurando una columna vertebral de cuadros eficaces y claros ideológicamente, la JDC podrá cumplir la tarea que el tiempo le exige:

¡ROMPER LA AMBIGÜEDAD PARA UNIR AL PUEBLO!

Enrique Correa Ríos

Fernando Avila Illanes

Patricio Pino Sepúlveda

Eugenio Díaz Corvalán

Carlos Bau Aedo

SANTIAGO, julio 1968.